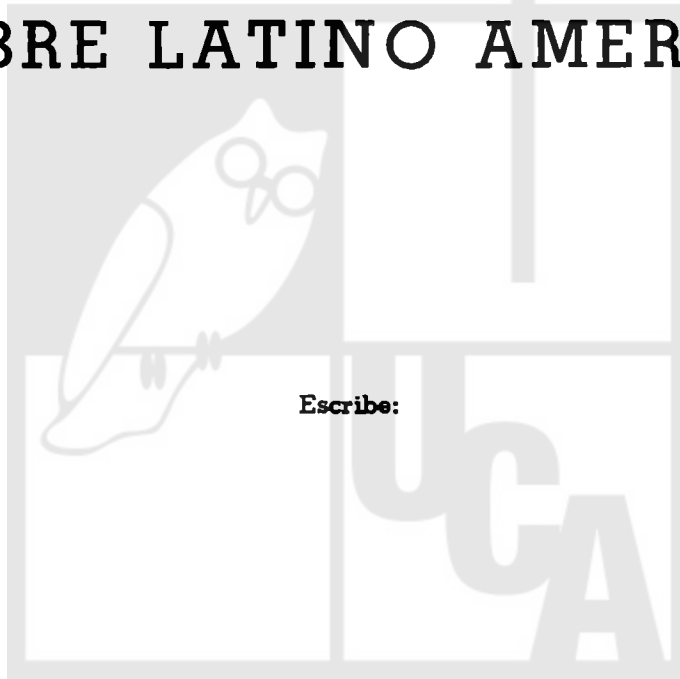


UN EXCELENTE
PSICODIAGNOSTICO
SOBRE LATINO AMERICA



Escribe:

IGNACIO ELLACURIA



Ignacio Martín Baró, Profesor de Psicología Social en el Departamento de Psicología de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" de El Salvador, y bien conocido de los lectores de "ECA" por sus frecuentes colaboraciones, ha publicado un libro titulado "Psicodiagnóstico de América Latina" (18 x 15 cm., 300 págs, Edit. "Lea", San Salvador, 1972).

Dado el interés que tiene este libro en el que se estudian diversos aspectos de la realidad latinoamericana, reproducimos a continuación al prólogo que ha escrito para él Ignacio Ellacuría.

"Psicodiagnóstico de América Latina" es un libro universitario. Un excelente libro universitario sobre América Latina. Explicar el sentido y el por qué de esta afirmación será el propósito de estas palabras prologales. Lo haré en dos pasos sucesivos: el primero, atenderá al carácter universitario del libro; el segundo, al carácter de su aporte al diagnóstico de Latinoamérica.

A. Es un excelente libro universitario porque cumple a cabalidad lo que puede ser la Universidad y lo que debe esperarse de ella: ser conciencia situada, crítica y operativa, de la realidad.

Esto es lo que procuran evitar, en primer lugar, la mayor parte de textos universitarios, incluso los escritos —mejor diríamos mecanografiados a partir de modelos extraños— en nuestras universidades latinoamericanas. Suelen ser textos transmisores y no libros creadores. Estan escritos aquí, pero no desde aquí y para aquí. Se piensa que con tales textos importados se sirve a la ciencia en aquella dimensión de universidad que parece indicar el nombre mismo de Universidad. Se piensa recíprocamente que los libros escritos desde aquí y para aquí o no son universitarios, o no atienden más que a aspectos accidentales del quehacer académico, o finalmente no aportan nada a la ciencia y a la cultura universal. Surgen estos pensamientos —más allá de los orígenes de orden psicodinámico, cuyos materiales ofrece con abundancia y precisión el libro que presentamos— de un prejuicio filosófico: que la realidad es en su esencialidad ahistórica, y que el acceso a la objetividad y universalidad de la realidad puede realizarse desde cualquier situación en el sentido de desde ninguna situación.

Lo procuran evitar, en segundo lugar, los libros dedicados a transmitir y a hacer adquirir un saber universalista y objetivo, especulativo e inoperante, como si fuera posible adquirir un real saber objetivo y universal al margen de la realidad.

En estas dos concepciones caen los que entienden como función primaria la formación de profesionales —y es claro el empeño de los políticos en el poder para subrayar esta dimensión de la Universidad, así como ciertos padres de familia—, o los que la entienden como fuente primaria de la conservación y del acrecentamiento de la cultura por medio de la investigación. Esta segunda dimensión es sin duda de más calidad ética que la primera —atiéndase a que se alude a la formación de profesionales y no de hombres universitarios—, pero corre el peligro de malen-

tender lo que es la investigación, precisamente por no ser una investigación fechada y situada, ni una investigación por sí mismo operativa, aunque con distinta inmediatez en su posibilidad de operación.

El libro que presentamos está en otra línea, que no anula esa doble dimensión sino que la niega en sus limitaciones y la supera en una sublimación cualitativamente nueva. Está en la línea de la Universidad como servicio como encuentro y realización de la verdad; de la verdad, sobre todo, que en cada caso es o necesita ser una determinada comunidad. Sirve, por tanto, al concepto de Universidad como conciencia situada, crítica y operativa, de la verdad de la realidad.

Suele objetarse a esta posición el ser política y no científica, y se piensa que por este camino la Universidad prostituye su ser más propio para convertirse en refugio o en sustitutivo de los partidos políticos. No vamos a negar el peligro de que esto ocurra. No vamos a negar, en el otro extremo, que en circunstancias excepcionales, en situaciones-límites, esto deba ocurrir. Pero los dos extremos pueden y deben ser superados. Basten un par de observaciones para indicar su posibilidad.

Respecto del primer extremo, el mejor indicio y el más a mano es este mismo libro, que muestra a las claras cómo puede ser a la vez política y científica la labor universitaria sin salirse de lo que es su más propia esencia. La labor universitaria, en efecto, debe estar fechada y situada para ser efectivamente política, pero esto no implica aislamiento subjetivo y provinciano sino todo lo contrario, porque una fecha viene-de y va-a, a la par que una situación está referida forzosamente a una situación siempre más amplia hasta ir a enmarcarse definitivamente en la situacionalidad esencial que constituye a través de la respectividad de lo real la intrínseca unidad de la cultura y de la historia. Asimismo el concepto de "conciencia" no implica un movimiento puramente ético, subjetivo y opcional; hace explícita referencia a "con-ciencia": no hay conciencia universitaria sin que haya ciencia universitaria, método y estilo universitario, que serán históricos y cambiantes pero con propia y peculiar estructura. Finalmente la crítica y operatividad que se reclaman de esta ciencia que es con las cosas, desde la situación y para la transformación, deben desprenderse de esta ciencia y conciencia creadoras, así como éstas dialécticamente deben alimentarse de la verdad que da el manejo mismo de la realidad tanto natural como social.

"Psicodiagnóstico de América Latina" cubre estas condiciones. Está escrito desde el Departamento de Psicología de la Universidad Centroamericana de El Salvador, y esa realidad pluridimensional que es América Latina como realidad socio-histórica; está escrito muy situadamente —incluso léxicamente— dentro de la realidad que psicosocialmente quiere describir y diagnosticar. Está escrito, además, científicamente: por lo tanto, con un aprovechamiento selectivo y personal de las mejores fuentes que hoy pueden disponerse de psicología Social; pero también con un método unitario, cuyos límites y posibilidades el autor mismo se encarga de indicar. Presenta, finalmente, una crítica real y realizadora de la situación haciendo luz sobre ella, presentándola y desentrañándola, mediante análisis rigurosos de la realidad.

Con esto llegamos al segundo extremo: ¿es tal valor suficientemente revolucionario? ¿Responderá sólo con esto la Universidad a lo que hoy necesitan de ella los pueblos latinoamericanos? ¿O deberá caer en el activismo político al que propenden con tanta facilidad en sus fines y en sus métodos universitarios mediocres?

"Psicodiagnóstico de América Latina" es también un comienzo de respuesta a estas cuestiones. Por lo pronto, pone tan en claro la situación que no puede menos de verse como necesaria una revolución; por otro lado determina en qué momento está el proceso histórico, un momento que llama de "revuelta" y cuyas posibilidades describe adecuadamente; igualmente, analiza las posibilidades y las antiposibilidades de ciertos presuntos gestores de la revolución desde los políticos paranoides hasta los chés de cafetín o los marginados excéntricos.

Pero el fondo del libro mismo hace algo más. Señala en su hacer más que en su decir en qué puede contribuir a la revolución la Universidad. Los universitarios politizados —que no políticos— y los activistas políticos propenden a confundir con demasiada facilidad el sentido político de la Universidad porque olvidan a la par el carácter propio de ella y sus verdaderas posibilidades revolucionarias. Ven en la Universidad o un trasunto magnificado de un partido político impotente, o el refugio institucional de un grupúsculo anarquizante que niega en teoría la necesidad de toda institucionalización. Creen más en el activismo político que en la política universitaria. Están en su derecho al optar así, pero no lo están cuando consciente o inconscientemente impiden que la Universidad dé de sí universitariamente todas sus potencialidades revolucionarias. La razón última, además de las motivaciones psicológicas que se analizan en el libro, es que no tienen fe en la Universidad porque su conciencia es superior a su ciencia. Su aporte puede ser positivo como aguijón para quienes en la Universidad duermen políticamente, pero su acción puede ser nefasta si no le dejan ser a la Universidad lo que necesita ser aquí y ahora. Destruir la Universidad sacándola de su misión es hoy —en el futuro no lo sabemos todavía— una labor retrógrada, casi tan retrógrada como la de obligarla a mantener el sistema establecido mediante la formación de sumisos profesionales.

B. "Psicodiagnóstico de América Latina" pretende cumplir universitariamente lo que su título indica. Es fundamentalmente un psicodiagnóstico en la línea de la Psicología Social. No soy psicólogo de profesión y, por tanto, sólo incidentalmente rozaré el tema técnicamente psicológico. Mis reflexiones irán mas bien a ampliar las posibilidades del diagnóstico.

El problema mismo de la especificidad —o, como dirían los clásicos, del objeto formal— de la Psicología social es de por sí de máximo alcance no sólo especulativo sino sobre todo operativo. Porque en el fondo de esa determinación se esconden preguntas de primerísima importancia científica y práctica; que es Psicología Social y con qué derecho científico puede acercarse a una realidad de tipo socio-histórico, qué fiabilidad tienen sus análisis y sus posibles soluciones.

Formalmente, es decir, sin ulterior determinación del contenido de los términos empleados, definen la Psicología social como la ciencia de la conducta dentro de la sociedad. Arroyo en un pequeño libro, frecuentemente citado y aprovechado por el libro de Martín Baró, la define como aquella parte de la Psicología que se ocupa del estudio de la conducta humana en el aspecto en que está referida a los demás a modo de estímulo o reacción, una conducta que implica una conciencia social conforme a situaciones múltiples meta-individuales, en cuanto dicho comportamiento requiere de asociaciones motivadas por las necesidades individuales y del grupo. Para el autor del libro la Psicología social enfocaría los mismos problemas que la Psicología individual "desde el entramado de la inter-

acción", un entramado que es predominantemente valorativo y que viene a constituir una ideología en el sentido dado al término por Althusser.

En estas y en otras descripciones subyace obviamente la idea de que la Psicología social es, ante todo, Psicología, y que si algo debe quedar determinada su condición general por referirse a "lo social", para no salirse de sus límites específicos debe seguir siendo antes que otra cosa Psicología. Que sea legítimo y posible, más aún necesario, estudiar la conducta dentro de la sociedad, parece evidente, pero esto sería más un estudio del individuo o de una suma de individuos que de la sociedad. No añade de momento nada nuevo el hablar de una referencia a los demás, aunque sí lo añade el hablar de situaciones múltiples metaindividuales y de asociaciones motivadas por las necesidades del grupo. Y añade también el hablar de un entramado social al que la Psicología atendería predominantemente en cuanto valorativo e ideológico.

Sin embargo, para los efectos del diagnóstico uno puede y debe preguntarse varias cuestiones: 1) si es antes —en el sentido de primariedad y no de mora primigenidad— el individuo o la comunidad social; 2) si el todo de la comunidad social es algo más que la suma de los cada uno que la constituyen y de sus relaciones intersubjetivas o incluso físicas y biológicas; 3) si la posible especificidad y primariedad de lo social no exigiría una metodología aparte. Que haya cierta anterioridad del individuo sobre la comunidad social, que el individuo se vea determinado por su referencia a la estructura de lo social, no puede negarse y por tanto no habría Psicología real sin referencia a los demás y a la trama de los demás entre sí. Más aún, que la comunidad social esté configurada parcialmente por una cierta autonomía de los individuos y de los grupos tampoco puede negarse y, por tanto, mal habría un estudioso de la sociedad que ignorarse los logros tan positivos de la Psicología social. Incluso de una Psicología social como la preferida por el autor de este libro, cuya clara tendencia, aunque no exclusiva, es la de basarse en una Psicología dinámica, de modo que a partir de consideraciones de ese orden llega a análisis de orden estrictamente psicosocial en cuanto sitúa los problemas individuales o interindividuales en un contexto socio-histórico.

Lo que les ocurre a los individuos en la sociedad queda así bien analizado, pero no lo queda tanto lo que le ocurre a la sociedad en los individuos. Dicho de manera un tanto peregrina uno puede preguntarse si la sociedad más que psicología lo que tendrá será sociología; es decir, si la sociedad será suficiente sujeto de sí misma y tendrá una vida social que surja fundamentalmente de sí misma como para justificar un método nuevo más allá del que manejan las sociologías al uso. Cabe la pregunta de si, además de un espíritu subjetivo no habrá un espíritu objetivo, no tanto en cuanto éste sea la objetivación de aquél sino en cuanto posea sus propias leyes estructurales autónomas que están hasta cierto punto por encima de lo que cada subjetividad humana pueda hacer autónomamente. Cabe la pregunta de si el todo tiene en cuanto tal propiedades sistemáticas cualitativamente nuevas, que surgen del sistema en cuanto tal y no del resultado aditivo de las propiedades de los elementos integrantes.

Pienso que el libro de Martín Baró no niega estas posibilidades; más aún las tiene implícitamente en cuenta en una serie de capítulos, por ejemplo en el dedicado al tema de la marginación. Pero puede pensarse que tanto por lo que pudiéramos llamar un sustrato inferior: el del planteamiento biológico del problema al estilo de Konrad Lorenz en su libro clásico sobre la agresión; como por lo que serían estratos del mismo nivel;

planteamientos psicológicos más objetivistas y menos montados sobre interpretaciones psicoanalíticas; como por lo que sería el superestrato de lo social en cuanto tal con su inabarcable literatura, serían estudios necesarios para pasar de un psicodiagnóstico a un sociodiagnóstico de la realidad latinoamericana. Esto sin recurrir a otro tipo de reflexiones más filosófico que cuestionarían, por ejemplo, las condiciones de posibilidad de una liberación total en la apertura a un absoluto utópico, que, por serlo, mostrara los límites de lo dado y la posibilidad de una negatividad creadora.

Cuando Hofstaeter cita las palabras con que Aristóteles recomienda el conocimiento del alma (*ten tes Psyches istorian*) como uno de los saberes más rigurosos y dignos, no se recata en llamar al *Peri Psyches* aristotélico como el primero y más importante texto de Psicología. Ciertamente no será el definitivo. Todavía en 1957 el mismo Hofstaeter confesaba que a la Psicología le faltaba el Newton que le diera su definitiva orientación científica. Mientras esto no ocurra, investigaciones como las del libro aquí presentado van creando posibilidades nuevas de hacer una labor psicológica que sea de verdad universitaria.

"Psicodiagnóstico de América Latina" tanto por su método general que pretende ir de lo manifiesto a lo latente, de lo presente a lo pasado, y de lo presente a lo futuro; como por su finalidad mediata de luchar por una moral nueva de un hombre nuevo en una nueva sociedad; como, sobre todo, por sus resultados positivos en buscar, seleccionar, analizar y sistematizar puntos neurálgicos de la realidad latinoamericana, es un importante libro universitario escrito científicamente sobre un tema apasionante. Demuestra por sí mismo en su diagnóstico de la realidad latinoamericana lo que puede hacer la Universidad sin salirse de su misión. Es un libro de por sí operativo, que crea y transmite una conciencia viva, a la que solamente hay que buscar multiplicadores para que empiece a formarse un pueblo nuevo en una tierra nueva.

Ignacio Ellacuría.